

HISTORIA DE UNA PIEDRA

Cuento sobre la Catedral de Sigüenza



por Candela Escurín del Rey

Había una vez unos granitos de arena en lo alto de un cerro llamado "El Otero". Hablaban de sus sueños y esperanzas. Así decían:

- Algún día rodaré ladera abajo y por el Vadillo llegaré hasta el Río Henares, éste me empujará al Jarama y desde él llegaré al Río Tajo... bueno y al fin terminaré en el inmenso Océano Atlántico. Las olas me mecerán dulcemente y me depositarán en la playa; los bañistas, llegarán a utilizarme para hacer un precioso castillo.

- Yo llegaré a ser una fuerte roca donde se posen firmes muchos pájaros, mariposas, animales de todas las clases que van de un lugar a otro.

- Yo quiero permanecer aquí para ser el más precioso mirador y que muchos contemplen este maravilloso valle del Henares. ¡Qué felicidad es estar en un lugar tan bello!

Pasaban los días, los lustros, las décadas, los siglos y los milenios.

- ¡Qué tristeza, Dios se ha olvidado de nosotros!, se decían unos a otros.

Pero he aquí que cuando nada esperaban ni soñaban porque con el paso del tiempo y la erosión se habían convertido en una roca sedimentaria llamada arenisca, llegó por allí un grupo de hombres y observaron detenidamente esa firme roca.

¡Parece fuerte! comentaban entre ellos. De repente uno dijo:

- Esta roca tiene vetas rojizas con mineral de hierro, es una buena piedra arenisca.

- Ciertamente ésta puede servir para construir nuestra catedral seguntina, replicó otro. ¡Comencemos la extracción!

Ahora todos los granos de arena ya convertidos en moles de piedras areniscas se sintieron muy contentos y felices porque por fin alguien se había acordado de ellos y podrían estar más cerca de cumplirse algunos de sus sueños.

Pocos días después varios picapedreros llegaron por allí con picos, punteros, cuñas, mazas, palos, cuerdas.... Y comenzaron a taladrar dando fuertes golpes.

- ¡Qué alegría, exclamó un diminuto granito de arena, ya veo la luz!

Después de grandes esfuerzos consiguieron arrancar del suelo un grandísimo bloque del que formábamos parte. Mediante unos maderos lo rodaron junto al camino, donde lo cargaron en una carreta que arrastrarían dos jumentos o mulos conducida por un simpático arriero.

- Fuimos recorriendo distintas calles, los Herrerías, El Tinte, Alfarerías ¿Carpinteros?... por fin llegamos al lugar donde nos depositaron cuidadosamente.



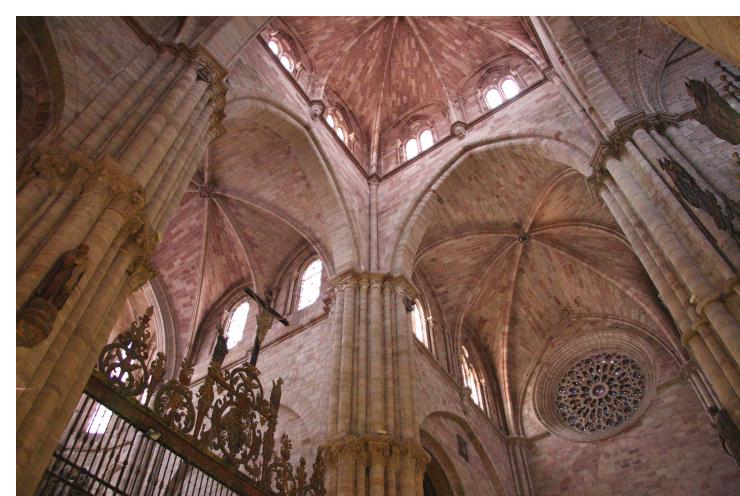
Ya en el taller fui aprendiendo los nombres de las herramientas que utilizaba el cantero: bujarda, martillo, regla, escuadra, compás, piqueta, mazo, pico escoplo, plomada, puntero, cuña. Igualmente aprendí el nombre de las piedras que formaban el arco: clave, hombros, riñones, salmer y dovelas.

Quedó claro que la clave era la pieza fundamental. Otras piedras servían para las columnas, las paredes, el suelo. Allí arrinconado comencé a pensar la forma que le darían a la roca de la que yo formaba parte, cuál sería mi lugar... en ese edificio que llamaban Catedral.

A los pocos días vino un hombre que yo nunca había visto, me miró y me remiró una y otra vez. Vi cómo hacía una plantilla en el suelo. Ahora ya sé para qué me iban a utilizar ¡para hacer el rosetón del lado derecho de la catedral! Después de largos días de trabajo, aquellas filigranas del artista consiguieron hacer un rosetón precioso.



Han pasado siglos desde que esta historia ocurrió y no faltan personas que con emoción y admiración nos contemplan y nos siguen visitando. Otros nos investigan, nos estudian.



Y yo, Candela, alumna de sexto, me divierto mientras escribo esta preciosa historia unida a las de mis compañeros de quinto y sexto, que hemos tenido la gran suerte de poder inspirarnos al estudiar y contemplar nuestra Catedral de Sigüenza.

Solo me queda agradecer a mis profes el haber hecho posible este encuentro con el arte, la historia y el contexto social entre los siglos XII y XV, que nos servirá siempre para llevarla en la mente y en el corazón de cada alumno que nos hemos detenido ante esta maravillosa obra de arte seguntina.

